

Singular intervención espacial de María Gabler en la Galería Bech

# Joven artista hace zancadillas a espectadores incautos

RODRIGO CASTILLO

**M**aría Gabler ha tenido que limpiar algunas de las piezas que está exhibiendo en la Galería Bech, porque varios espectadores han tropezado con ellas o les han dado puntapiés involuntarios.

Lo anterior, por supuesto, no significa que los visitantes desprecien el trabajo de la joven artista. Los accidentes se deben, en realidad, a que la autora ha instalado sus obras en una forma que dificulta el tránsito por el interior de ese recinto ubicado en Alameda 123.

“Me interesa trabajar con el uso que se da a los espacios, y en el caso específico de esta galería quise explotar el hecho de que no es una típica galería de exhibición, sino que es una especie de pasillo, un lugar que la gente ocupa más para transitar que para venir a mirar algo”, dice la expositora.

La muestra consiste, básicamente, en un conjunto de dieciocho puntales blancos de gran tamaño que están adheridos a diversos puntos del suelo, el techo y los muros de la sala. Fabricados en trapán, los pilares diagonales lucen como extensiones absurdas del estilo arquitectónico del recinto y obligan al público a desplazarse con cuidado para ir de un extremo a otro.

“Teniendo en cuenta las características tan singulares de es-



La autora instaló 18 puntales de gran tamaño que dificultan el tránsito dentro del recinto de exposiciones.

te espacio, pensé que el lugar no se prestaba para exponer obras que el espectador debiera contemplar pasivamente. En vez de eso, desarrollé un proyecto que se pudiera vivir, y que funcionara como una obra experienciable”, afirma la artista.

“Yo quería que realmente se produjera algo entre el espectador y la obra, que la gente se sintiera incómoda, o que encontrarán rara la manera en que están

puestas estas cosas, y creo que funcionó, porque el día de la inauguración había varias personas que no se atrevían a pasar entre los puntales, por miedo a que éstos les cayeran encima”, relata Gabler.

La autora, quien se formó en la Universidad Católica (obtuvo su título el año pasado), es una entusiasta creadora de instalaciones. Su dedicación a esa disciplina se debe, según informa, a

## Muchas preguntas

María Gabler considera que su intervención en la Galería Bech puede dar origen a diversas preguntas.

“Busqué que estos puntales se integraran al recinto en términos estéticos, para que así los espectadores no supieran qué pensar. Algunos se preguntaron si esos objetos estuvieron siempre en la sala, o si los muros están tan débiles que requieren dieciocho puntales para seguir en pie”, comenta.

María Gabler posa en medio de su instalación.

que le interesa que el público “esté en contacto con la obra y se integre con ella”. Con ello, agrega, pretende cuestionar la forma en que se perciben los objetos del entorno cotidiano.

“Creo que las personas estamos acostumbradas a ver los objetos en una forma muy acrítica. Uno ve las cosas y no se pregunta por qué ciertos objetos son de tal o cual manera, sino que uno los ve nomás. Yo quiero invitar a los espectadores a cuestionarse esa noción tan simplista que tenemos de los objetos que nos rodean”, resume.

“En el caso de esta exposición, la gente puede preguntarse si está viendo pilares, o si es posible que existan pilares inclinados. ¿Cómo hay que llamar estos objetos? ¿Cuál es el límite de estos objetos y hasta qué punto cumplen o pierden su función?”, concluye Gabler.

## LA RECTA PROVINCIA

### Santo palomo

**S**er elevado a los altares del catolicismo, en la superlativa calidad de beato, primero, y de santo, después, no es un trámite fácil. Y para complicarlo aun más existe el llamado “abogado del Diablo”, aquel leguleyo que durante todo el proceso le busca la quinta pata al postulante a la canonización, hurgando hasta debajo de su cama para tratar de probar que en vida fue más malo que el natre. Y, naturalmente, para lograr la preciada aureola, aunque resulte un tanto medieval, se deben acreditar varios milagros atribuidos al aspirante.

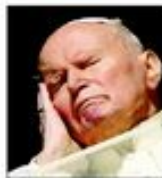
En el caso del ex papa Juan Pablo II, quien acaba de convertirse en el primer beato exprés de la historia, eso último no ofreció muchas dificultades para los sectores más cavernícolas de una alta curia que ya lo es por su propia naturaleza encuevada: Wojtyła realizó el milagro de hacer caer al comunismo. Ligado a la martirizada Polonia por lazos de patriotismo que el abogado del Diablo bien podría haber calificado de ultrafanáticos,

Juan Pablo desde el principio de su reinado mostró sin reservas sus simpatías hacia el sindicato anticomunista Solidaridad, entregándole todo su apoyo (incluso en metálico del Vaticano, se comenta). Pero el milagro propiamente tal comenzó, a nuestro parecer, en su tercer y majadero viaje en sólo un año a Polonia, cuando centenas de miles de personas fueron hipnotizadas por este encantador de serpientes: en enero de 1989, tras la legalización de Solidaridad, cayó allí la primera ficha del dominó que culminaría su sincronizado desplome con la demolición del Muro de Berlín y

la defunción definitiva de la Unión Soviética. El imperio ateo se hizo hecho añicos, dejando tras de sí el cadáver de un sueño y regueros de esqueletos humanos, que de haberlos los hay.

Pero mientras Wojtyła se afanaba en sus lides de Cid Campeador, bajo sus narices la Iglesia a su cargo se le agusanaba, se le corrompía como un sepulcro blanqueado. Así, al tiempo que el hombre jugaba con la alta política mundial, en sus mismísimas santas narices miles y miles de frailes traviosos jugaban a la pieza oscura –a lo largo y ancho de todo el planeta– con niños indefensos. A la

hora de tratar de hacerlo subir de beato a santo –que es lo que se nos viene encima–, que no se le pase por alto, señor abogado del Diablo, que Wojtyła defendió a rajatabla a aquel depredador serial llamado Marcial Maciel, uno de los seres más abyectos de la historia frailuna, un ser del averno, ni que cerró de modo cómplice sus beatos ojillos eslavos ante las asquerosidades ocurridas por décadas en los colegios eclesiales de Irlanda, Estados Unidos, Chile y un sinnúmero de otros santos lugares de la Tierra. Esos milagros de sacristía, de confesionarios sombríos, de paseos campestres y de romerías a lo oscurito pesan toneladas y debe usted ponerlos en la balanza, estimado abogado del Diablo, antes de que se le avive el defensor y convierta definitivamente, con la velocidad de una sopa para uno, en definitiva figurita de yeso al buenazo de Wojtyła, esa teatral invención mediática que descuidó, sin disculpa alguna, la decencia y la pureza de su Iglesia para ir de Capitán Planeta por la vida.



Mientras el ahora beato Wojtyła jugaba con la alta política mundial, bajo sus mismísimas santas narices miles y miles de frailes traviosos jugaban a la pieza oscura –a lo largo y ancho de todo el planeta– con niños indefensos.



Antonio Gil